

# Ecos del pasado. Oralidad e historia antigua. Contribución de Juan Cascajero

David ESPINOSA ESPINOSA

Licenciado en Historia  
Becario predoctoral programa FPU (MEC) Dep. Historia Antigua  
Fac. Geografía e Historia  
Univ. Complutense de Madrid

*“...Aunque atraiga más la cima del árbol,  
ésta no es posible sin el tronco y las raíces...”*  
(Cicerón, Or., 43, 147)

*“...No soy capaz de concebir una Historia Antigua que no sea social...”*  
(Juan Cascajero, 1999, 17: 20)

## RESUMEN

El presente trabajo, enmarcado en el afectuoso homenaje a la persona y obra de Juan Cascajero, pretende sintetizar y mostrar una visión global del desarrollo histórico y de la práctica de los fundamentos teóricos de la Historia Oral, en España, y su reflejo en el quehacer historiográfico de Juan Cascajero, principal defensor de dicha herramienta de trabajo, desde las parcelas del conocimiento de la Historia Antigua, como medio de aproximación a las condiciones de existencia, materiales y espirituales, de las mayorías, silenciadas, de la Antigüedad.

## ABSTRACT

The present work, framed in the affectionate tribute to the person and work of Juan Cascajero, tries to synthesize and to show a global vision of the historical development and the practice of the theoretical foundations of Oral History, in Spain, and its reflection in the historiographic task of Juan Cascajero, main defender of this tool of work, from the parcels of the knowledge of Old History, like means of approach to the conditions of spiritual existence, materials and, of the majorities, silenced, of the Antiquity.

## INTRODUCCIÓN: “EN EL PRINCIPIO SÓLO EXISTÍA LA PALABRA...”

“En el principio sólo existía la palabra...”. No es casualidad sino certeza que todos los grupos humanos, en su desarrollo primigenio, estén profundamente vinculados a la oralidad. Tanto para la civilización egipcia como para el pueblo judío, la palabra, el verbo, era sinónimo de vida por su facultad y don creativo. Su fuerza y poder germinatorio ocasionaron su elevación al rango de divinidad cosmogónica a partir de la cual se revelaba, venía a la existencia, todo cuanto está presente en el

mundo. Porque como se nos ha dicho en multitud de ocasiones, la nada, nada engendra...

La oralidad constituía la forma natural de comunicación y expresión del pensamiento. Su control reportaba prestigio, y ese prestigio, concebido políticamente por griegos y romanos, recaía en la senectud. El conocimiento, la verdad y la capacidad de decisión y discernimiento se originaban, y hacían recaer, a través de la conformación de una experiencia vital atesorada a lo largo de los años. Los ancianos, artesanos de la palabra, se erigieron en guardianes de la tradición y, ésta, pronto constituyó un complejo cultural, de carácter oral, transmitido de generación en generación. Las incipientes instituciones de gobierno legitimaron su posición, originariamente, en la palabra. Pero la escritura, vehículo de anotación y representación del entorno, velozmente fue sustituyéndola hasta terminar arrinconada por la norma y la ley escrita.

La escritura lo impregnó todo. La vida de los individuos comenzó a estar condicionada por su capacidad de adquirir y controlar este nuevo medio de transmisión de las ideas, convirtiéndose en sinónimo de sabiduría y status socioeconómico elevado. Aquellos que quedaban al margen de ella, los analfabetos, fueron desbancados del ordenamiento comunitario y marginados por su humilde condición. Esa nueva herramienta cultural, la escritura, devino en un arma de doble filo por su acaparamiento y monopolización por parte de las elites en el poder. Si bien constituía un preciado mecanismo de perpetuación del grupo, de la comunidad, se convirtió en un imprescindible y destacado símbolo de ostentación, reproducción y reelaboración de la ideología y del pensamiento de una minoría culta.

Es en este preciso momento en el que entra a colación el presente trabajo, enmarcado en el afectuoso homenaje a la persona y obra de Juan Cascajero. Pretende sintetizar, mostrar, exponer una visión global del desarrollo histórico y de la práctica de los fundamentos teóricos de la Historia Oral, en España, y su reflejo en el quehacer historiográfico de Juan Cascajero, principal defensor de dicha herramienta de trabajo, desde las parcelas del conocimiento de la Historia Antigua, como medio de aproximación a las condiciones de existencia, materiales y espirituales, de las mayorías, silenciadas, de la Antigüedad.

Si tuviera que calificar el trabajo de Juan con un término que describiese, representativamente, su vida y obra, lejos de valoraciones y consideraciones juiciosas, éste sería el de apasionamiento, entrega desmedida, lucha perseverante por descubrir y denunciar las desigualdades existentes en el seno de los grupos humanos de la Antigüedad, y la explotación y marginación a las que estaban sometidas las mayorías. Por que éstas, relegadas a la inferior de las consideraciones sociales, y despojadas de toda condición humana, fueron, y siguen siendo presentadas, como una masa informe, sin conciencia y pensamiento propio, que aceptaron sus condiciones de vida y obedecieron, voluntariamente, la autoridad incontestable y los dictados impuestos por las minorías en el poder.

Esta actitud de rebeldía, insumisión y permanente crítica, que se desgaja de la lectura y del análisis de los postulados defendidos por Juan, es uno de los factores más relevantes que se desprenden de su trabajo. Con él, pretende llevar a cabo, que no en pasado porque su obra ha sobrevivido a su persona, la concienciación de las nuevas generaciones, para que comprometan su trabajo en pro de una reconstrucción

histórica de la Antigüedad más veraz, completa, no alternativa, que considere las luces y las sombras de todos los grupos sociales.

No quiero, ni debo, cerrar este epígrafe sin expresar mi más sincero agradecimiento a Juan, por hacer despertar en mí, desde las clases impartidas hace ahora cinco años la conciencia de que es necesario mirar y considerar el pasado con otra mentalidad, de entender la reconstrucción de los hechos históricos desde otra óptica, menos sistemática y más humana, más social, para hacer justicia y no olvidar a todos aquellos individuos, independientemente de su género y edad, que no tuvieron la posibilidad de transmitir, sólidamente y sin reelaboraciones, sus pensamientos, sus sentimientos, sus creencias, sus miedos, sus lamentos, sus risas, sus esperanzas, sus anhelos...

También deseo transmitir mi agradecimiento, por partida doble, a cuantos y a cuantas personas han depositado su confianza en mí para la realización de este trabajo, representadas en la persona de D. Domingo Plácido Suárez, gran maestro y amigo incondicional de Juan, y Dña. Estela García Fernández, quien me ha concedido la oportunidad de penetrar en el pensamiento de esta extraordinaria persona que fue Juan, y aproximarme a la Oralidad como una herramienta indispensable del oficio de historiador, cuyo valor esencial recae en la posibilidad de recuperar, laboriosamente, el guión desempeñado por los otros actores históricos, las mayorías, que no precisamente interpretaron un papel secundario.

## **TEORIZANDO.**

### **LA HISTORIA ORAL: UNA APROXIMACIÓN HISTORIOGRÁFICA.**

A mediados del siglo XX se produjo un profundo cambio en la concepción del quehacer historiográfico. Dos factores incidieron, primordialmente, en esta nueva consideración del oficio de historiador: el impacto intelectual y las secuelas socioeconómicas y culturales resultantes de los dos grandes conflictos bélicos europeos, y la penetración en el corazón de la Historia de influencias de disciplinas adyacentes a la misma.

De la mano de la nueva realidad histórica, acontecida tras los dramáticos sucesos desplegados en el seno de las dos guerras mundiales, nació, de una profunda meditación y revisión de los postulados científicos, un conjunto, una amalgama de corrientes de pensamiento, convergentes en un mismo punto de crítica, que alimentaron lo que viene siendo denominado, a través de un amplio y polisémico concepto, Historia Cultural. Los intelectuales englobados en esta nueva corriente de pensamiento observaron y denunciaron que los desastres del siglo XX no sobrevivieron por una falta de modernidad, progreso y desarrollo científico. Al contrario, la ciencia y la técnica habrían sido aliados del horror y de la destrucción. Desde los totalitarismos a la amenaza ecológica, la evidencia que constató Lyotard, en su obra *La condición posmoderna*, sería el efecto perverso de la razón científico-técnica, algo que formaba parte de la dialéctica de la Ilustración, del proyecto moderno por excelencia. Desde entonces, a partir de 1979, distintos autores, de diversas tendencias, aspiran a dinamitar el puente de la modernidad (Serna y Pons, 2004: 178 y 179).

La Historia Cultural se gestó en una época en la que Europa perdía la hegemonía que históricamente había “conquistado”. Y es en ese contexto, de cambio acelerado, de alteraciones constantes, de contestaciones juveniles, cuando la Historia Cultural ganó su batalla. Mientras el mundo cambiaba vertiginosamente, y Europa abandonaba un conflicto sangriento, mientras la cultura y la riqueza empezaban a adoptar la forma y entonación americanas, una incipiente corriente cultural comenzó a marcar las pautas de una nueva manera de desarrollar la actividad historiográfica (Serna y Pons, 2004: 32-34).

Pero no fue hasta la década de los años setenta, en medio de la polvareda levantada por la quiebra y el derrumbamiento de los grandes paradigmas historiográficos, cuando halló su encumbramiento la Historia Cultural. Adalid de esta nueva era histórica, posmoderna, inició su andadura hacia el reconocimiento académico coincidiendo con la fractura de los cimientos de la Historia, desplegando sus potentes alas y emprendiendo un impetuoso vuelo, impulsado por el relativismo cultural y el descubrimiento del universo simbólico, hacia lo más alto del firmamento historiográfico, desvinculándose de los estudios políticos y socioeconómicos predominantes.

La Historia Cultural es, en la actualidad, el dominio historiográfico más innovador de las últimas décadas, una “hidra de mil cabezas separadas de un tronco común que ya no podríamos encontrar”, el sector en el que se están forjando los avances más destacados, más deslumbrantes y más controvertidos, tal vez por los muchos y variados temas que sus valedores se proponen abordar (Serna y Pons, 2004: 5-19).

La gran contribución de la Historia Cultural ha sido la ampliación del horizonte de análisis de los materiales y temas de investigación, horizonte vislumbrado por la prestigiosa “escuela de Annales”. En relación a ese interés por encontrar nuevos objetos de conocimiento, de carácter eminentemente social, y como legado de un ensanchamiento del repertorio técnico e instrumental acumulado, resulta que los historiadores de principios del tercer milenio utilizan todo tipo de fuentes disponibles, ya sean de naturaleza escrita, visual, oral o iconográfica. Y no sólo de carácter público u oficial sino también de carácter privado. Todas las expresiones de la vida personal son, según esta corriente, susceptibles de conocimiento y de interés científico (Hernández Sandoica, 2004: 27). Como escribió el propio Febvre en *Combates por la historia* (Moradiellos, 1992: 114):

*“Indudablemente, la historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen... Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con formas de campos y malas hierbas... Con exámenes periciales de piedras realizadas por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre”.*

Nadie osaría quitarle la razón al francés F. Braudel cuando hacía notar que el oficio de historiador había cambiado tan profundamente, durante medio siglo (1930-1980), que las imágenes y los problemas del pasado se habían modificado en sí mismos de arriba abajo. Los grandes y definidos paradigmas socio-historiográficos, hoy, se hayan borrosos o se han desvirtuado. Consecuencia de todo ello es el aspec-

to actual de la disciplina histórica, poliédrico y altamente variado. (Hernández Sandoica, 2004: 15y 16).

El desarrollo de la Historia Cultural propició, en gran medida por la expansión del interés de la historiografía en los nuevos estados del Tercer Mundo, que iban surgiendo del proceso de descolonización iniciado en 1945, la gestación y configuración de la Historia Oral. Esta expansión de la historiografía académica y profesional en nuevos ámbitos geográficos, donde la tradición archivística era extremadamente tenue, o casi inexistente, promovió una innovación metodológica de gran alcance: el recurso a las fuentes orales como medio fundamental para la elaboración del relato histórico. La consecuente recogida sistemática de testimonios, de cuentos, leyendas y genealogías conservadas, por tradición oral y tribal, fomentaron, por su misma naturaleza, una historia, de la cultura popular, cuyos métodos, el uso de las fuentes orales, fueron paulatinamente asimilados por la historiografía occidental (Moradiellos, 1992: 128).

La Historia Oral emergió, asimismo, para cubrir el vacío que la ausencia de fuentes escritas había dejado respecto al conocimiento de grupos sociales o colectivos poco representativos de las sociedades industrializadas. Surgió con aplicaciones muy concretas, de intencionalidad antropológica. En la actualidad, el empleo de fuentes orales es considerado un instrumento socio-científico de gran importancia. De herramienta de trabajo en países africanos y oceánicos, y en áreas socio-antropológicas, se ha extendido a todos los lugares y ámbitos (Hernández Sandoica, 2004: 346).

El uso de las fuentes orales, en el seno de la Historia, no se desarrolló hasta la segunda mitad del siglo XX, siendo entendido como una técnica al servicio de la Historia Social y Cultural. De su práctica se derivaron cambios y novedades relacionados con una orientación democratizante del género histórico. En la actualidad, la fuente oral está dotada de validez heurística y de reconocimiento académico, superando, a través de su institucionalización y legitimación instrumental, su carácter subjetivo e invalidez científica (Hernández Sandoica, 2004: 349).

Son numerosos los investigadores que ven en la Historia Oral, en el uso de sus fuentes, una apuesta combativa por sacar a la luz las voces que permanecen al margen de la historia oficial, rescatando del olvido, a través de la fuerza de sus propias vivencias personales, a individuos excluidos en razón de su clase, su género, su raza, su actividad política o su identidad sexual. Por tanto, la Historia Oral se constituiría en el instrumento más potente para incorporar, a la memoria viva del presente, a múltiples testigos procedentes de sectores y grupos de la sociedad cuyas acciones hubieran de quedar ocultas y en la ignorancia de la posteridad (Hernández Sandoica, 2004: 352-353). Es en esta línea de trabajo donde puede ser contextualizada la actividad investigadora y la obra científica de Juan Cascajero, centrada y aplicada al estudio de la Antigüedad.

La introducción en la historiografía de aquellas voces, relatos y narrativas eludidas por la historia oficial anticipa la posibilidad de que surjan nuevas preguntas ante el historiador. Como disciplina académica, con suficiente grado de diferenciación, la Historia Oral se constituyó a finales de la década de 1960, bajo influencias como la del antropólogo Oscar Lewis, cuya obra emblemática, *Los hijos de Sánchez*, constituye desde fines de los años cuarenta un clásico (Hernández Sandoica, 2004: 359). Los pioneros estudios sobre oralidad y escritura, desarrollados por Havelock, al ana-

lizar la Antigüedad griega, supusieron un impacto equivalente a introducir el caballo de Troya, de una metodología interdisciplinar, en el sagrado recinto de los estudios clásicos, tropezando con la resistencia de muchos especialistas.

El desarrollo y la práctica de la Historia Oral son desiguales geográficamente. Mientras en Estados Unidos existen hasta cuatro generaciones de historiadores que han practicado la Historia Oral, en Japón sólo hay una, siendo arduo su reconocimiento. La primera generación nacida en Estados Unidos, en los años 50, se situaba al lado de las ciencias políticas, limitándose sólo a los notables. Se acepta de forma general que fue en la década de 1940 cuando el académico Allan Nevins, que empezó a registrar el recuerdo de hombres influyentes en la vida estadounidense, acuñó el término de Historia Oral. Su auge fue paralelo a la eclosión, durante la posguerra, de la Historia Social y la Sociología, alimentada por la fundación de nuevas universidades en los años sesenta. Todo ello estimuló un ambiente de expresión personal compartida y un deseo de usar nuevas fuentes para reequilibrar la balanza de la Historia hacia la gente ordinaria.

Concepto y contenido evolucionaron, incrementaron su cobertura. Una nueva generación de especialistas, la segunda, desarrolló un nuevo concepto, mucho más ambicioso: no sólo se trataba de una simple fuente complementaria para la interpretación de los materiales escritos, sino ciertamente de otra “historia”, cercana a la Antropología, que otorgaba la palabra a los grupos sin “historia”, que revalorizaba a los vencidos, a los marginados y a las diversas minorías. Esta “historia”, considerada militante, se ubicaba fuera del mundo universitario. Cristalizó en el contexto de los movimientos juveniles del 68. Su práctica, constituía una historia alternativa en relación a la historia académica y a todas las construcciones historiográficas basadas en lo escrito.

En el interior de esta generación, el año 1963 es contemplado como una fecha que marca la divisoria de aguas o, mejor dicho, en palabras de Havelock, “*como la fecha en que parece haberse roto un dique en la conciencia moderna*”. ¿Qué pasó alrededor de esa fecha para desencadenar repentinamente un interés tan masivo por la oralidad? Una coincidencia de cinco que, en una mirada retrospectiva, adquieren el aspecto de un solo fenómeno que marcó una crisis en el lento proceso de toma de conciencia del problema de la oralidad. En un lapso de doce meses, entre 1962 y 1963, salieron de las prensas de tres países diferentes (Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos) cinco publicaciones de cinco autores inconexos. Las obras en cuestión fueron *El pensamiento salvaje*, de Lévi-Strauss, “The Consequences of Literacy”, un extenso artículo de Goody y Watt, *La Galaxia Gutenberg*, de McLuhan, *Animal Species and Evolution*, de Mayr, y *Prefacio a Platón*, de Havelock. Los títulos sugieren más diversidad que conexión. Sin embargo, se comprueba que las cinco obras, sin que lo advirtieran sus autores, arrojaban luz sobre el papel de la oralidad en la historia de la cultura humana y su relación con la escritura (Havelock, 1996: 47-49).

Por otra parte, en 1969 se creó *Oral History Journal*, seguido en 1973 por *Oral History Society*. Entre sus partidarios se encontraba George Ewart Evans, cuyas entrevistas le supusieron el título de “padre de la Historia Oral” en Gran Bretaña (Perks, 1994: 18-20).

Una tercera generación surgió, a mediados de los setenta, de la mano de dos encuentros internacionales que constituyeron la primera afirmación de una corriente

historiográfica. En 1975, a lo largo del XIV Congreso Internacional de las Ciencias Históricas de San Francisco, se realizó una mesa redonda bajo el título “*Oral History a New Methodology for Historical Research*”. Al año siguiente se organizó, en Bolonia, lo que fue considerado como el primer coloquio internacional de Historia Oral, bajo el significativo título “*Antropologie et Histoire: sources orales*”. Estos dos encuentros podrían considerarse como el verdadero punto de partida de la Historia Oral, su oficialización e institucionalización como nuevo método de investigación histórica.

La década de los ochenta se caracterizó por la multiplicación de los coloquios internacionales, en definitiva, el tiempo de las reflexiones epistemológicas y metodológicas.

La cuarta generación es la actual, iniciada en 1990, durante la cual Juan Cascajero desarrollaría toda su obra. En España, hasta 1985, la Historia Oral se hallaba limitada al grupo de Barcelona, único en presentar comunicaciones en el V Coloquio Internacional de dicha ciudad. Organizado por Mercedes Vilanova, incitaba a sus colegas españoles a utilizar la fuente oral en la reconstrucción del discurso histórico. Este encuentro cumplió su función, Juan aceptó el reto. Expresión de este grupo fue la fundación, en 1989, de *Historia y Fuente Oral*, punto de referencia para los estudiosos de la Historia Oral.

Pero la senda que recorre la Historia Oral no está libre de dificultades, de obstáculos, de vicisitudes. A lo largo del camino se abren, repentinamente, sin previo aviso, tenebrosos precipicios que amenazan con abatir dicho procedimiento de investigación. Durante las dos últimas décadas ha estallado en la comunidad académica, con rapidez asombrosa y sorprendente intensidad, un debate que comprende la idoneidad de utilizar los restos materiales de cultura oral para la reconstrucción de los grupos desdibujados de la sociedad.

Por una parte, son numerosos los investigadores que han indagado a cerca de la posibilidad de obtener un conocimiento de la oralidad derivado de su opuesto. Y, aun suponiendo que los textos nos puedan proporcionar una especie de imagen de la oralidad, cómo puede ser verbalizada, adecuadamente, en una descripción textual que emplea un vocabulario y una sintaxis que son propios de los sistemas de escritura y no de la oralidad. Este proceso de “*interpretatio*”, entre un universo oral y uno escrito, erige una barrera infranqueable para la comprensión de la oralidad primaria (Havelock, 1996: 73 y 74). El contenido funcional y fundamental de la oralidad es vertido, difundido, a través de unos cauces impropios, mediante unas formas verbales ajenas al mismo. En definitiva, el material oral original se habría perdido, conservándose, solamente, lo puesto por escrito (Havelock, 1996: 78).

Por otra parte, derivado de la problemática expuesta anteriormente, se cuestiona el *status*, la definición y el papel que juegan los productos culturales de la oralidad en la reconstrucción del discurso histórico. Existen tres formas de concebir y entender la Historia Oral respecto a la importancia, posición y uso que se otorgue a la misma en el proceso epistemológico: la Historia Oral como disciplina, como un campo de métodos o como un conjunto de técnicas. Investigadores como Niethammer o Jean-Pierre Wallot se posicionan en beneficio de la segunda de las consideraciones. Para el primero de ellos, “*se trataría de un campo de métodos específicos apoyado en un trabajo interdisciplinario, que posibilita una ampliación de la tradición y per-*

cepción histórica y que se diferencia de otros campos de heurística histórica por el hecho de que las fuentes no son directamente accesibles y que la forma de explorarlas determina su carácter” (Niethammer, 1989: 6). El segundo de ellos, en la misma línea, emplea el término de Historia Oral para designar un método de investigación basado en testimonios orales. Pero frente a esta perspectiva se opone el enfoque que reconoce el valor de la Historia Oral no ya sólo como un instrumento heurístico para llenar vacíos, sino como una disciplina propia, una forma radicalmente nueva, por no decir revolucionaria, de hacer Historia, que puede llegar a aportar posibilidades, en absoluto agotadas, mediante una percepción diferenciada de las condiciones de vida de los “excluidos”. El valor de la oralidad en la Historia radicaría en el reconocimiento del papel fundamental que protagonizaron las mayorías, en el cambio histórico.

Por último, es necesario hacerse eco de la consideración de la Historia Oral como técnica historiográfica. El principal defensor de esta noción es Ronald Fraser, quien niega su consideración como disciplina por basarse en algo tan notoriamente falible para reconstruir los hechos como es la memoria (Fraser, 1993, 12). En sintonía con sus postulados es la máxima “*La Historia oral puede dar como resultados libros apasionantes, pero no libros de Historia*” (Fraser, 1993: 79).

En este panorama, la oralidad introduce la fuerza de lo instantáneo, lo efímero, la experiencia (Hernández Sandoica, 2004: 30), lo cual, aunque al principio despertara suspicacias por refrescar el problema candente de la objetividad y la subjetividad, consiguió poco a poco eludir la sospecha y situarse en el mismo plano de fiabilidad que las fuentes escritas.

La Historia Oral proporciona información completamente nueva sobre áreas enteras de nuestro pasado, inalcanzable a partir de fuentes escritas o impresas. Esta información añade un contexto humano y reconoce el valor de la experiencia individual, perdido en las historias política y social al uso. Rescata lo individual de la masa y reorienta un equilibrio que ha otorgado mayor crédito a lo poderoso e influyente de la sociedad, en detrimento de lo ordinario y lo cotidiano. Esto no significa negarle un papel a la Historia Oral en las historias política y económica de la elite, sino que ayuda a replantearnos las hipótesis extraídas de las fuentes documentales, animándonos a prestar atención a otros grupos de la sociedad, ocultados a la Historia (Perks, 1994: 17 y 18). La Oralidad, de este modo, conferiría vida a la Historia, constituyendo un instrumento mediante el cual el historiador pone carne, humanidad y emoción en los huesos desnudos de la disciplina.

## **REFLEXIONANDO. VOCES Y SILENCIOS EN LA ANTIGÜEDAD: NAVEGANDO ENTRE ICEBERGS**

Todo intento de profundizar en la estructura política, social y económica de la Antigüedad, en general o en cualquier periodo o Estado, presenta enormes dificultades a las que todo historiador debe enfrentarse y combatir, no sin cierta dosis de desesperación, contra la práctica imposibilidad de llevar a cabo un análisis mínimamente preciso de las realidades históricas. La cuestión central de esta problemática



es la tipología y el carácter de las fuentes transmitidas y conservadas hasta el presente, para abordar el estudio de la Antigüedad.

La búsqueda, análisis y sistematización de fuentes, ya sean primarias o secundarias, para emprender la investigación en torno a la Antigüedad, revela un amplio espectro a través del cual acometer la aproximación y comprensión de los fundamentos que vertebraban el mundo antiguo. Pero este considerable cuerpo documental resulta engañoso en el momento en el que penetramos en su interior, observando que la mayoría de las fuentes son productos culturales de los grupos minoritarios de las sociedades antiguas.

Es por este motivo, por lo que la investigación y reconstrucción de la Antigüedad deben ser realizadas mediante un acercamiento, crítico, cauto y multidisciplinario, a dicho repertorio documental. Este vasto corpus de fuentes se caracteriza por su variedad tipológica, conteniendo restos de fuentes literarias, arqueológicas y epigráficas. La información proporcionada es compleja y de gran valor histórico, posibilitando la construcción de una completa secuencia cultural que permite comprender el proceso histórico de una manera global.

Respecto a las fuentes literarias, las que de mayor preeminencia han disfrutado, tradicionalmente, entre los historiadores de la Antigüedad, son numerosos los textos que proporcionan información y hacen referencia a múltiples aspectos del mundo antiguo. Pero, como ya hicieran notar Dilthey y Marx, están preñadas de subjetividad y emanan de un colectivo muy determinado, el integrado por el grupo dirigente y los grandes propietarios. Ello no hace sino incrementar las limitaciones para un óptimo acercamiento a las realidades y a las condiciones de existencia de los grupos humanos de la Antigüedad.

En relación con dichas circunstancias, durante el último tercio del siglo XIX se inició un proceso de desvelamiento de la Antigüedad, un intento por quitar la máscara a las comunidades antiguas y descubrir tras ella una verdad oculta. Uno de los pioneros en esta labor fue K. Marx, quien defendió la existencia de una ley fundamental que regularía el curso de la Historia: la ley del valor. En sintonía con esta idea, tomando como referencia las especulaciones filosóficas de Nietzsche, en la Antigüedad habría dos espíritus, uno llamado apolíneo y otro dionisiaco, quedando este último subyugado por el primero y relegado a un papel secundario (Bermejo, 2004: 165-170). La realidad antigua conocida por los historiadores podría compararse a la observación de un iceberg en alta mar. De él sólo se percibe la cima, una mínima parte de su volumen total, permaneciendo bajo las frías aguas del océano el resto, parte fundamental del mismo al otorgarle la estabilidad necesaria para su flotación. Esto mismo es lo que denunciaba Nietzsche, que la Antigüedad es un mundo de apariencias, de construcciones ideológicas engañosas, siendo necesario desvelar la verdad, que permanece oculta a la mirada del observador.

Pero fue Marx quien dio el paso decisivo para destruir la máscara que impedía ver el rostro de la realidad antigua, revelando todo un sistema articulado de relaciones sociales, políticas y económicas que permanecía oculto, disimulado, bajo la misma. Inmensas instituciones de tipo social, político y cultural habían sido creadas, por obra de una estrategia deliberada, para legitimar y conservar la posición de los grupos socioeconómicos dirigentes, intentando convencer al resto de los grupos sociales de que sus actos estaban determinados por la razón o por un con-

junto establecido de creencias morales y religiosas, convirtiéndolos en naturales y deseables.

Tales construcciones culturales constituirían formas de autoengaño colectivo como elementos objetivos, justos y necesarios, difundiéndose a través de los canales de comunicación y transmisión de conocimiento.

Como ya se ha apuntado anteriormente, en la reconstrucción de la Antigüedad se vienen usando las fuentes escritas, limitado alcance de unas fuentes cuyo uso debe circunscribirse a la propia clase propietaria, puesto que de ellas surgieron o por sus manos circularon. Mucho más problemática es su aplicabilidad al resto de la población. La más aplastante mayoría de las gentes de los amplios espacios históricos de la Antigüedad permanecieron al margen de estas creaciones intelectuales. No supieron expresar por escrito sus vivencias, dado su grado de analfabetismo. Es más, esas mayorías, aunque hubiesen llegado a saber, no hubieran podido dar publicidad por escrito a sus formas de pensamiento dadas las barreras económicas, políticas e ideológicas que se lo habrían impedido. Se expresaron a través de medios de comunicación capaces de soslayar las múltiples barreras, de saber y poder, que su época les oponía: mediante la palabra hablada (Cascajero, 1993: 99-100). Ningún autor podría aspirar a publicar contenidos de tono subversivo, o insidioso, contra el orden establecido por la clase propietaria o sus guardianes. Difícilmente la obra de un posible discrepante podría esperar la supervivencia. Sería el miedo el gran agente censor de aquellos personajes cultos que pudieron haber disentido, impulsando ese panorama ideológicamente uniforme, esa satisfacción por el buen orden del mundo que exhalan las fuentes antiguas (Cascajero, 1993: 115).

Es más que constatable la existencia, en la Antigüedad, de un dualismo en lo demográfico, en lo económico, en lo social, en lo político, en lo cultural, en lo religioso o en lo historiográfico, una heterogeneidad de situaciones que el tiempo y la práctica historiográfica ha convertido en unidad, homogeneidad mortecina, que caería por su propio peso si ampliásemos la lente de observación. Por este motivo, Juan propone establecer una cuota de mínimos que garantice la presencia de las mayorías como sujeto y objeto de la Historia. En su sentir, no se puede arribar a una Historia mínimamente justa sin la perspectiva de las mayorías, caracterizándose, cuando aparecen, por su situación de dependencia y subordinación con respecto a las minorías (Cascajero, 1999: 16 y 17).

Las formas de comunicación oral no sólo permanecieron vivas para todos sino que, para la más aplastante mayoría de la población, fueron las únicas. No podían expresarse a través de las mismas grandes construcciones materiales y mentales que las minorías. Pero de este hecho no se puede deducir que no tuvieran nada que expresar, bien por incapacidad mental o afectiva, bien por coincidir con unas minorías que ya expresaban sus sentimientos mejor que ellos. Sus limitaciones eran mediáticas y resultaban coherentes con su menor capacidad económica y tecnológica, su incapacidad política y su analfabetismo. Y unos de esos vehículos de expresión, abierto a todos los grupos, fue la palabra hablada. La voz escrita, transmitida, es solo la voz de unos pocos, y a unos pocos representa. Dotarla de absoluto predominio es *“contribuir a perpetuar una ideología asentada en la explotación económica y en el exterminio de pueblos y gentes, constituyendo un abuso historiográfico sin posibilidad alguna de justificación teórica ni social”*.

A través de la voz, esquivada a la represión, manifestaron sus valores, creencias y sensibilidades, lo que pensaban de su mundo y de los dominantes que los gobernaban y explotaban. Hablaban de los sinsabores de sus vidas, de sus estrecheces y penurias cotidianas. Y algunas de aquellas voces fueron consideradas sabias, portadoras de verdad, y se fueron fijando. Por tanto, lo que encontramos en la oralidad son las voces maestras que sostuvieron el edificio social del lenguaje hablado (Cascajero, 1999: 37-45).

La fórmula o elemento hablado debía reunir las condiciones para poder recordarse y preservarse lo más fácilmente posible. Para ello se emplearon variados recursos mnemotécnicos, auténticas marcas de reconocimiento para el estudioso. Pero los restos orales conservados han llegado hasta nosotros mediante su conservación por escrito, no pudiéndose establecer concordancia alguna entre la potencia de la oralidad antigua y la debilidad de lo conservado. Al ser transcritas fueron alteradas, manipuladas, contaminadas, falseadas... Por ello, por poseer elementos y actitudes de los grupos propietarios, es necesaria su crítica textual. Nada es aséptico.

El análisis crítico de la oralidad supone una alternativa epistemológica, ya que las actitudes mentales y formas de conciencia, que las fuentes escritas transmiten mayoritariamente, no pertenecen a toda la sociedad, sino solamente a los grupos que las produjeron, permaneciendo ocultas las sensibilidades, sin duda muy diferentes, del resto de las gentes. Quienes hoy parecen callados y sumisos no sólo fueron conscientes de sus condiciones de existencia, sino que supieron asumir los riesgos de la discrepancia y desenmascararon unas relaciones sociales injustas, si bien, por la propia naturaleza de sus formas de expresión, sus ecos no pudieron surcar los siglos con la misma nitidez y fuerza que los de sus dominadores (Cascajero, 1992: 24-26).

El carácter fragmentario, sesgado y parcial que poseen las fuentes antiguas, no sólo las literarias sino también las arqueológicas y epigráficas, ha ocasionado que hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, no privilegiados y sin nombre, la gran masa de la humanidad antigua, haya sido tradicionalmente desatendida por la práctica historiográfica. En esta también radica, en opinión de Juan, parte de la culpa de que las mayorías hayan sido "mal-tratadas". Esta desigualdad en el tratamiento de las minorías y de las mayorías demanda una urgente atención histórica de las mayorías y de todos aquellos campos vinculados a las mismas que puedan proporcionar información al investigador histórico (Cascajero, 1999: 13 y 14). Dado el carácter de los restos que nos ha legado el pasado, y el instrumental disponible, no se puede hacer otra cosa con nuestras fuentes. Pero ese instrumental podría usarse de un modo más adecuado teniendo siempre presente que son los restos de la producción material y espiritual de los grupos propietarios y aledaños, ciñéndose a su visión del mundo e intereses, sin renunciar a la búsqueda de otros restos menos tendenciosos (Cascajero, 1999: 22-30). Cuando un historiador relega, silencia o se despreocupa de las mayorías, no puede presumir de ser socialmente neutro. Para Juan, "la disciplinada uniformidad de actitudes historiográficas es el peor de los lastres teóricos, la ruina del espíritu crítico y la agonía de la dignidad social" (Cascajero, 1999: 34 y 35). "La forma misma en que los historiadores han ido haciendo la Historia, desarrollando su instrumental, enseñando, adoctrinando e imbuyendo a las siguientes generaciones en unos usos y costumbres, asentando unos modos de hacer, con frecuencia acríticamente aceptados y transmitidos, es el gran problema a solucionar" (Cascajero, 1993: 96-98).

En este sentido, pocos asertos teóricos han perjudicado más gravemente al conocimiento de las condiciones de existencia de las mayorías que el seguidismo acrítico y miope de las palabras de Marx y Engels: “*las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época*”. Lo que late en la base de esta tesis es un desprecio y una desconfianza hacia la capacidad de unas gentes que han de ser liberadas, redimidas y dirigidas por otras mentes rectoras e iluminadas. Las consecuencias de la irrupción de estas teorías en la Historia Antigua no han podido ser más nefastas a la hora de detener la doble injusticia con el hombre común, porque, desposeído ya en su tiempo de los bienes materiales, ahora ha de resultar privado, incluso, de su humanidad (Cascajero, 1993: 118-120). Por ello Juan cree que ha llegado el momento de intentar hacer la Historia “desde abajo”, devolviendo a aquellas gentes su humanidad secuestrada, su indiscutible capacidad de disfrutar de creencias, valores, sensibilidades y formas de conciencia propias (Cascajero, 1993: 117).

Desde el momento mismo en que esa oralidad se examina comienza a dibujarse un paisaje ideológico nuevo, más contrastado y dinámico, reflejo nítido de las distintas condiciones de existencia, resultando enriquecida y estimulada, a la vez, la comprensión de las otras fuentes escritas, cuya parcialidad y tendenciosidad queda al descubierto. El estudio de los restos orales procura ofrecer un paisaje más completo, que no pretende ser alternativa sino motivo de enriquecimiento para el conocimiento histórico, al ofrecer las opiniones, los valores, sentimientos y estados de ánimo de las mayorías, siendo socialmente más representativos que las elevadas y cultas lucubraciones de los escritorios. En el mundo antiguo no sólo pensaron y sintieron los grandes varones de las letras y la política, sino que lo hicieron todos los hombres y mujeres, todas las gentes, todos los pueblos. El vicio está en el vaso, en el filtro de los “malos” usos historiográficos y la propia ideología intelectual-elitista que permite el paso de las esencias, de lo importante de lo que sólo unos pocos produjeron e impulsaron. En el tamiz queda destinado a la quema lo grotesco, lo disonante, lo que no interesa ni sirve para nada. Y se pretende convertir la esencia en representativo de todo como si no hubiera existido otra cosa en el alambique. Se trata ahora de intentar recoger los fragmentos maltratados, de reciclarlos, de recomponerlos. Pero los restos originales son tan escasos, tan insignificantes, tan deteriorados y falseados, que el objeto que se recompone tiene que ver poco con el original (Cascajero, 1997: 29 y 30).

## **DECONSTRUYENDO.**

### **ESPACIO EN OBRAS: JUAN CASCAJERO Y EL ESTUDIO DE LA ANTIGÜEDAD DESDE LA ORALIDAD**

Comprender el esfuerzo, la constancia, la dedicación y la producción histórica e historiográfica de Juan no siempre es una cuestión sencilla, bien por lo arriesgado de su apuesta, bien por lo novedoso de su método de trabajo. En la mayoría de las ocasiones requiere aprehender la concepción que poseía, y defendía entusiastamente, del quehacer historiográfico.

Para llevar a buen término dicho acercamiento, al pensamiento académico de Juan, es necesario penetrar, críticamente, y dejarse imbuir y contagiar, en cierta

medida, por el espíritu vital que desprende su obra, pertrechado en todo momento de un ideario propio para adoptar los elementos de juicio e interpretación necesarios y evaluar los postulados invocados. De este modo, tras una primera lectura y análisis preliminar, puede establecerse que, para Juan, toda producción historiográfica conllevaría pensar las condiciones de existencia material y espiritual de las gentes del pasado en su diversidad, en su complejidad y en su conflictividad. Hacer Historia sería, fundamentalmente, pensar socialmente el pasado. Y eso se haría, se debería hacer, en conexión con las formas de pensar y sentir el presente. Siguiendo el ideario de Juan, *“hacer Historia no es, no puede ser, contar y contar, una detrás de otra, las cuitas de unos pocos varones. No puede ser sólo eso. Eso mismo es lo que hicieron aquellos pocos personajes que vivieron de la explotación de los demás, de la parasitación de pueblos y gentes. Y contaron su historia, solo la suya, ensalzando sus méritos y silenciando los verdaderos mecanismo de su supremacía, ocultando y disfrazando la realidad”* (Cascajero, 1999: 22 y 23).

Hacer Historia, por tanto, debería constituir una manifestación de la sensibilidad social del historiador, expresión de su forma de sentir el presente. En el seno de este contexto, Juan apuesta decididamente por la búsqueda de nuevas opciones historiográficas, de nueva vías de reflexión, de nuevas fuentes, abrazando la Oralidad como medio de aproximación a aquellos grupos sociales desarraigados, desposeídos, desatendidos, sin que suponga el abandono de los puentes fundamentales con las gentes de la Antigüedad (Cascajero, 1999: 24-30). Las fuentes tradicionales son y seguirán siendo útiles, pero su manejo, necesariamente crítico, no puede ser excluyente de la búsqueda de otras posibilidades. De no ser así la más aplastante mayoría de la población de la Antigüedad quedaría condenada, o bien al silencio o bien a la imaginación. Es preciso, por este motivo, intentar penetrar en el obstinado silencio de esas gentes a la búsqueda de rumores y matices, conscientes de que existió una trágica dualidad entre un mundo, del que las fuentes literarias nos hablan, y otro, el de las miserias silenciadas (Cascajero, 1991: 13 y 14).

En este ámbito se inserta el empleo de los fundamentos de la Historia Oral por parte de Juan, cuyo objetivo inmediato, y móvil básico, constituye una *“mirada y reflexión sobre las condiciones de vida material, afectiva e intelectual de esas mayorías sin nombre, sin distinción de género, edad o clase social, que pueblan los territorios y viven en comunidad”*, para confeccionar una visión igualitaria y justa de las sociedades antiguas (Cascajero, 1999: 37-45). *“No se trataría de un acercamiento más a sus condiciones de existencia desde las premisas que sus adversarios asentaron, sino desde su propia expresión por ellos mismos. Y sus pobres huellas se encuentran en el mundo de la fábula, de los cuentos, de las canciones populares, de los adagios y chistes, del mito y de la anécdota, de los aforismos y dichos, transmitidos oralmente, de generación en generación, y sólo ocasionalmente recogidos por escrito, rasgo que constituye una de las mayores dificultades para su estudio”* (Cascajero, 1991: 14 y 15). No se está sugiriendo una *“historia de marginados”*. Lo que se propone impulsar es el acercamiento al crudo entorno de la mayoría de la población a partir del difícil seguimiento de sus escasos rastros y no desde los más *“brillantes alegatos de sus dominadores”*. Es un esfuerzo por adentrarse en las pautas de comportamiento y actitudes de las gentes del común, aprendidas y transmitidas como respuesta a sus específicas circunstancias vitales e incertidumbres.

Una vez establecidos los postulados teóricos, defendidos por Juan, es el momento de pasar a la práctica, al método historiográfico sugerido. Lejos de valoraciones académicas o personales, no pretendo en este capítulo otra cosa que exponer y describir el método propuesto por Juan para abordar, de una forma más justa e igualitaria, la “deconstrucción” de la Antigüedad.

Enraizado en los postulados de la Historia Oral, su empleo comprendería dos momentos, uno de ida y otro de vuelta. Uno de identificación de fuentes y otro de análisis de las mismas. Primeramente se trataría de comprender los mecanismos de gestación y evolución por los que algunas actitudes o pautas de conducta, algunas visiones del mundo o representaciones mentales, quedaron plasmadas y fijadas en determinadas locuciones, que, gracias a los elementos externos e internos que poseían, fueron capaces de conservarse, imprimiendo carácter a unos productos orales determinados. Posteriormente, estar en situación de poder analizar los restos de estos productos orales, conservados en forma de expresiones habladas, de tratar de acercarse a las actitudes y valores que los suscitaron y fijaron en el tiempo, y a las relaciones sociales que las sustentaron.

En relación con lo anteriormente dicho, el método presenta una serie de problemas inherentes al material que estudia. La investigación e identificación de los productos orales se centra en las fábulas, cuentos, chistes, *maledicta* e imprecaciones, canciones, paremias y refranes, restos de un gran naufragio (Cascajero, 1991: 16 y 17). Todos ellos, en función del esquema historiográfico transmitido por Juan, si permiten pensar socialmente el pasado, sin duda, podrán ser considerados fuentes históricas. Pero es necesario señalar que respecto a la identificación de los restos de la oralidad antigua no existe un criterio de definición y caracterización único, siendo su rasgo fundamental para ser consideradas paremias la intensidad de su oralización, su poder de circulación y aceptación por las gentes. Asimismo, su sistematización debería conllevar la elaboración de *corpora* documentales por géneros y subgéneros orales, temáticamente clasificados, para la confección de un gran corpus general de todos los restos orales de la Antigüedad, destinado a convertirse, a pesar de sus dificultades de creación e interpretación, en una herramienta de trabajo fundamental para todos los que se interesen por la voz y la conciencia de las mayorías.

Otro problema, respecto al empleo de la metodología propuesta, es la subjetividad del historiador en la delimitación de contenidos y selección de prioridades. Dependiendo del mismo se concederá más importancia a unos aspectos frente a otros. Pero por encima de todo interés particular debería existir un objetivo universal. Común debe ser el empeño en pos de avanzar en el conocimiento de las condiciones de vida material, afectiva e intelectual de las mayorías, en toda su diversidad, complejidad y conflictividad. En beneficio de este ideal Juan propone la construcción de un Índice Temático General de la Oralidad Antigua, flexible, como herramienta de trabajo. Para su elaboración, se cuenta con la experiencia del *Index Thématique de la Dépendance*, auspiciado por el GIREA. Pero este *Index* se desarrolló pensando en su aplicación al estudio de las fuentes escritas y no para atender a la problemática filológica e historiográfica específica de los restos orales (Cascajero, 1997: 28).

Pese a todo lo referido, tímidamente se van dando los primeros pasos. Tentativas, errores y desaciertos jalonan los avances hacia nuevas vías de acercamiento a las condiciones de existencia de las gentes de la Antigüedad.

Sobre los restos de la oralidad se viene trabajando de dos maneras, próximas pero bien diferenciadas: a través del enfrentamiento con un género oral concreto, tratando de profundizar en sus múltiples contenidos temáticos, y mediante la elección de un tema y la realización de un seguimiento del mismo a través de los restos de varios géneros o subgéneros orales.

Antes de emprender esta labor, es necesario diferenciar la *oralidad del pueblo* y la *oralidad para el pueblo*. El medio oral se vio invadido por todo tipo de llamadas retóricas, unas del pueblo, otras aptas para el pueblo, otras de los cultos para los cultos, con una amplia gama de voces intermedias. Es tarea de todo historiador tratar de penetrar en los restos de ese conjunto de voces con la finalidad de poner orden y facilitar el conocimiento y la comprensión de las tensiones, conflictos, motivaciones e intereses de la sociedad que los produjo. Junto a las viejas paremias se levantaron otras semejantes a ellas, pero con sentido ya ajeno a la originales, dando lugar a múltiples contradicciones. Se observa claramente al marchar del contexto paremiológico a la tradición fabulística, pasando de un campo de expresión en el que predominan las voces cultas y minoritarias a otro en el que las actitudes populares emergen con más fuerza. La fábula antigua dista mucho de ser y representar, en exclusiva, la voz de esas mayorías necias de que hablan las cultas minorías, porque éstas también trataron de controlar este medio. Lejos de inutilizarlas, una vez descubiertos los mecanismos que las impulsaron, contribuyen a alumbrar un panorama oral tan complejo como diversa y conflictiva fue la sociedad que lo creó (Cascajero, 1997: 33-35).

Experiencias piloto con la Oralidad en la Historia Antigua, desde 1991, han reportado esperanzadores resultados para lograr una aproximación más decidida a la realidad inherente de las mayorías y su peculiar relación con las minorías. Emplear la oralidad antigua como fuente histórica implica su conexión con la sociedad que la creó, recreó, usó y transmitió. Ello exige dos cometidos previos, el trazado de su peculiar historia y la valoración y clarificación de sus contenidos (Cascajero, 1991: 11). El acercamiento al mundo de la oralidad puede permitir la reconstrucción de determinados hechos históricos y aproximar a los valores y sensibilidades de las gentes que la crearon. Pero se carece de apoyaturas bibliográficas y de referencias precursoras. Por si fuera poco, no es tarea fácil debido al completo y complejo bagaje metodológico que requiere: una exigente preparación histórica y filológica. Todo ello sin prometer resultados.

No es el momento ni el objetivo de este trabajo desgranar cada uno de los estudios realizados por Juan en torno a la oralidad. Pese a ello, de las investigaciones realizadas, expondré brevemente las conclusiones resultantes de las formuladas en torno a la fábula, que con mayor claridad pueden mostrar los resultados obtenidos del análisis de las fuentes orales.

La fábula, como ya es sabido, es una breve composición literaria en que, por medio de la ficción y personificación en seres irracionales de situaciones humanas, se persigue una enseñanza útil o moral. Juan concibe el estudio de la fábula como un campo donde puede observarse el desarrollo del conflicto ideológico de clase (Cascajero, 1991: 17-20). La fábula muestra, sin duda, una extraordinaria sensibilidad ante el predominio de la violencia. Frecuentemente revela un mundo hostil, permanentemente sacudido por múltiples enfrentamientos provocados por la eclosión de intereses encontrados, violencia fundamentalmente padecida por los humildes. El

conflicto se resuelve con la imposición, sin paliativos, del triunfo de los poderosos y la consiguiente humillación de los débiles. El miserable destino de los oprimidos sirve por el desarrollo mismo de la moraleja, que invita a éstos a la resignación, esgrimiéndose como único argumento el empeoramiento subsiguiente a todo intento de mejora de su situación o de rebeldía ante la opresión (Cascajero, 1992: 30 y 31).

Lo anterior es una pequeña muestra de lo que el estudio de la oralidad puede aportar en el proceso de reconstrucción de los hechos históricos. Siguiendo la senda descrita, no estaría de más que se emprendiesen nuevos y prometedores estudios, cuyos resultados enriqueciesen, sin duda alguna, el conocimiento historiográfico que sobre los grupos humanos de la Antigüedad se posee. Pasado, presente y futuro están implicados en esta labor.

No quiero concluir este artículo sin traer a colación dos fragmentos de texto que podrían resumir el sentimiento, de esperanza, que muchos historiadores de la oralidad, entre los que se encontraría Juan, desean transmitir a las futuras generaciones. El primero de ellos corresponde a la obra *Pueblos y Estados*, de Leopold von Ranke, padre de la escuela historicista y del método histórico-crítico. En él, Ranke alienta a indagar nuevos horizontes, a luchar por la búsqueda de nuevos esquemas mentales, a mirar desde otras perspectivas los problemas que afligen a la humanidad. Así debería ser la forma de enfrentarse las nuevas huestes de historiadores a la reconstrucción de la realidad histórica:

*“Quien no se atreva a confiar en sus propias fuerzas, a marchar por caminos nuevos, aún no pisados, hacia la conquista de cosas nuevas y mejores, acabará viendo en las relaciones humanas la triste imagen de las aguas estancadas o de los pantanos contaminados, en vez de ver en ellas la estampa alegre y optimista del río cantarino”.*

El segundo de ellos pertenece a Lucien Febvre, miembro de la escuela de Annales. Está recogido en su obra *Combates por la Historia* y es, ante todo, una llamada a la resistencia frente a las críticas y a los problemas que puedan surgir en la defensa de un ideal, de una práctica:

*“Y porque tengo la suerte de saber que en esta sala hay jóvenes decididos a consagrar su vida a la investigación histórica, les digo con plena consciencia: para hacer la historia volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero. Mezclaos con la vida. Con la vida intelectual, indudablemente, en toda su variedad. Sed geógrafos, historiadores. Y también juristas, y sociólogos, y psicólogos. No hay que cerrar los ojos ante el gran movimiento que transforma las ciencias del universo físico a una velocidad vertiginosa. Pero hay que vivir también una vida práctica. No hay que contentarse con ver desde la orilla, perezosamente, lo que ocurre en el mar enfurecido. Cuando el barco esté amenazado no seáis como Panurgo, que se ensució de varonil miedo, ni tampoco como el pobre Pantagruel, que se contentó con elevar los ojos al cielo, abrazado al palo mayor, e implorar. Hay que arremangarse, como el hermano Juan y ayudar a los marineros en la maniobra. Eso apenas es nada si tenéis que separar la acción del pensamiento, la vida como historiador de la vida como hombres. Entre la acción y el pensamiento no hay ningún tabique, ninguna barrera. Es preciso que la historia deje de aparecer como una necrópolis dormida por la que sólo pasan sombras despojadas de sustancia. Es preciso que penetréis en el palacio silencioso donde la historia duerme, animados por la lucha, cubiertos por el polvo*



*del combate y de la coagulada sangre del monstruo vencido, y que, abriendo las ventanas de par en par con la sala llena de luz y restablecido el sonido, despertéis con vuestra propia vida, con vuestra vida caliente y joven, la vida helada de la Princesa dormida...*. (Febvre, 1, 1986, Combates por la Historia, Madrid, 56-58).

A pesar de la polémica existente en torno a la idoneidad de la Historia Oral en la reconstrucción de los acontecimientos históricos, en palabras de Jean-Pierre Wallot, “cuando la vida y los principios se afrontan, la vida acaba casi siempre imponiéndose”. Concluyo este trabajo destacando las efusivas palabras que Juan dejó escritas antes de partir. Será su voz, mejor que la mía, la que ponga punto y final a este humilde intento de aproximación a la realidad historiográfica actual, en la que nuevas formas de concebir y hacer historia retan a los grandes sistemas historiográficos tradicionales. La Historia Oral es una de ellas:

*“Una historia que pretenda ser justa debería ir pensando en favorecer, en discriminar positivamente, a los que fueron más, por su número y por las desgracias padecidas, y, sin embargo, siguen siendo menos atendidos. Porque ya no nos vale el no se puede. Dígase: no se quiere. Será una aventura llena de riesgos porque habrá de dejarse atrás unas metodologías seguras, asentadas, probadas y veneradas durante siglos, para buscar otras que están aún por hacer. Habrá que llenar las alforjas de humildad y pedir ayuda a etnólogos, sociólogos, filósofos y folkloristas, que nos van precediendo en el estudio de la oralidad, para que nos enseñen a captar la riqueza de matices de esas voces que nos llegan del pasado, vírgenes de escritura. Allí se encuentra un universo histórico diferente”* (Cascajero, 1993: 144).

El que tenga oídos, que oiga...

## BIBLIOGRAFÍA

- BERMEJO BARRERA, J. C. (2004): *¿Qué es la historia teórica?*, Madrid, Akal.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1990): “Lucha de clases e ideología en la tardía República”, *Gerión*, 8, 115-139.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1991): “Lucha de clases e ideología: introducción al estudio de la fábula esópica como fuente histórica”, *Gerión*, 9, 11-58.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1992): “La lucha de clases e ideología: aproximación temática a las fábulas no contenidas en las colecciones anónimas”, *Gerión*, 10, 23-63.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1993): “Escritura, oralidad e ideología. Hacia una reubicación de las fuentes escritas para la Historia Antigua”, *Gerión*, 11, 95-144.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1994): “Avidez sexual de la mujer en la fábula greco-latina”, en J. Alvar (Ed.) *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*, pp. 91-98.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1995): “Oralidad e historia antigua: una nueva motivación para el estudio del universo paremiológico”, *Paremia*, 4, 105-116.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1995): “Fuentes Orales y actitudes romanas ante la familia”, *Gerión*, 13, 69-98.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1995): “¿Conciencia cívica en la Antigüedad...? ¡Y una leche!”, en J. ALVAR (Ed.) *Ritual y conciencia cívica*, Madrid, pp. 271-281.

- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1996): “Uniformidad y contraste en la oralidad antigua: el poder del dinero, avaros y glotones en la paremiología latina”, *Gerión*, 14, 11-51.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1997): “Necedad, sabiduría y verdad. El ser y el parecer o un debate por la legitimidad en la oralidad antigua”, *Gerión*, 15, 27-77.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1997): “*Assem teneas, assem valeas*: el poder del dinero en la paremiología latina”, *I Con. Int. de Paremiología, Paremia*, 6, 163 ss.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1998): “Apología del asno. Fuentes escritas y fuentes orales tras la simbología del asno en la Antigüedad”, *Gerión*, 16, 11-38.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1998): “Notas sobre la familia romana a través de las fuentes orales”. *Arys*, 1.
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1999): “Grupos de edad y relaciones de dependencia en la Oralidad Antigua”, *XXIV Col. del GIREA*, (en prensa).
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1999): “A la sombra del asno. Asnos, burros y jumentos en al Paremiología latina”, *II Con. Int. de Paremiología*, (en prensa).
- CASCAJERO GARCÉS, Juan (1999): “Historia Antigua y fuentes orales”, *Gerión*, 17, 13-57.
- FOLGUERA, Pilar (1994): *Cómo se hace Historia Oral*, Madrid, Eudema.
- FRASER, Ronald (1993): “La Historia Oral como la Historia desde abajo”, *Ayer*, 12, 79-92.
- HAVELOCK, Eric. A. (1996): *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*, Barcelona, Paidós.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena (2004): *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid, Akal.
- JOUTARD, Philippe (1996): “La Historia Oral: balance de un cuarto de siglo de reflexión metodológica y de trabajos”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 15, 155-170.
- MARINAS, José Miguel y SANTAMARINA, Cristina (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate.
- MORADIELLOS, E. (1992): *Las caras de Clío. Introducción a la Historia y a la Historiografía*, Oviedo, Universidad.
- NIETHAMMER, Lutz (1989): “¿Para qué sirve la Historia Oral?”, *Historia Fuente Oral*, 2, 3-25.
- PERKS, Robert (1994): “Historia Oral. Hablando del pasado”, *Taller d’Història*, 4, 17-36.
- PRINS, Gwyn (1993): “Historia Oral”, *Historia Fuente Oral*, 9, 21-33.
- SERNA, Justo y PONS, Analet (2004): *La historia cultural. Autores, obras y lugares*, Madrid, Akal.